



Mao dirigió la Revolución Cultural.

ficamente y confirmados por la práctica revolucionaria. Sus bases teóricas no están relacionadas únicamente con lo que distingue a la lucha del proletariado de un país a otro, si no, en primer lugar, con lo que tienen en común. La lucha por su realización es entonces revolución proletaria mundial. Resulta pues que siempre es de primera importancia el análisis crítico de las experiencias más destacadas en la construcción del socialismo, de sus avances y errores, porque allí se juega también el futuro de nuestra revolución.

Este carácter universal del marxismo leninismo no nos lleva a encerrarnos en la coherencia lógica y formal de un sistema de principios, que aplicados en abstracto, sólo se convierten en estériles. La verdad universal del materialismo dialéctico, como apuntaba Gramsci, debe en definitiva su eficacia al hecho de expresarse en los lenguajes de las situaciones concretas particulares. De ello depende la creatividad histórica del pensamiento marxista, en su capacidad de incorporarse a la realidades nacionales y surgir con la fuerza de una expresión propia y originaria.

Por eso que para nuestro movimiento marxista es sustancial dotar tanto de un firme punto de partida como de la capacidad y la inteligencia para transitar por la senda que abrió Mariátegui.

El problema del socialismo, de la lucha por la dictadura del proletariado para avanzar a la realización del comunismo, significa empezar por resolver la crisis programática de la izquierda, alcanzando una interpretación de nuestra realidad que nos permita conducir la revolución democrática y nacional. Significa tomar posición en las polémicas y las crisis del movimiento comunista internacional, deslindando con el revisionismo, defendiendo la ortodoxia y preservando la autonomía relativa de nuestra lucha nacional. Significa por cierto discutir sobre las propuestas de organización del socialismo, a ver si vamos a defender la ley del valor para encubrir el capitalismo de estado que anuncian programas "antidictatoriales" o a desecharla por la utilidad social de la producción.

En este rico y complejo proceso, el intelectual no debe temer al dogma si este se entiende, como decía Mariátegui, como la doctrina de un cambio histórico y como un punto de apoyo que haga de él un factor de la historia y del progreso.

"El dogmatismo no es un itinerario sino una brújula en el viaje", repetía el Amauta y recomendaba que para pensar con libertad la primera preocupación era la de abandonar la preocupación de la libertad absoluta. "porque el pensamiento tiene una necesidad estricta de rumbo y objetivo".

Cuando José Carlos Mariátegui sostuvo el carácter socialista de la revolución en el Perú, Haya le replicó acusándolo de imitar los modelos europeos, ignorar la especificidad de América Latina y ser por lo tanto tributario del "europeísmo": el ataque podía tener acogida entre todos aquellos que censuraban esa dependencia cultural que había convertido a la oligarquía en un "eco de ecos" de las ideologías europeas. Mariáte-



Mariátegui fue acusado por Haya de imitar modelos europeos.

gui no podía pasarlo por alto y a responder a todos aquellos que le reprochaban su "insuficiente americanismo", había dedicado un libro de historia y análisis político que se perdió (o permanece oculto en los inaccesibles archivos de la Internacional) cuando fue enviado a España para su edición.

El ataque de Haya no resistía el menor análisis. Precisamente cuando Mariá-

tegui afirmaba el socialismo reivindicaba esa peculiaridad de Latinoamérica, porque eso significaba que en el Perú, para la liquidación de la feudalidad y de la oligarquía, no tenía que producirse una prolongada etapa capitalista como había ocurrido en Europa. La clase dominante era incapaz de desarrollar al país y garantizar su independencia. Dejaba esas tareas al proletariado: de allí que la revolución socialista en el Perú —otra diferencia con Europa— debía asumir y realizar ciertas tareas burguesas incumplidas.

Haya de la Torre mientras tanto, consideraba que era imposible saltar etapas en la historia universal; razonaba de una manera rígida y ortodoxa. Su relativismo funcionaba cuando se trataba de criticar a Lenin para resaltar aspectos supuestamente positivos del imperialismo, pero desaparecía por completo cuando negaba cualquier posibilidad a un camino autónomo y propio, latinoamericano, al socialismo. En esos años —1928 ó 1930—. Haya sólo tenía objeciones fácticas al socialismo: elogiaba a la revolución soviética pero consideraba que la Rusia anterior a 1917 era un país capitalista; en cambio en Indoamérica, feudal y atrasada, para construir el socialismo hacía falta una etapa previa, en la que se desarrollaría la acumulación desde los aparatos del llamado Estado Antiimperialista. Las clases medias estaban llamadas a conducir esta especie de "revolución democrático-burguesa".

Lo anterior nos explica porqué cuando la Internacional y los Partidos Comunistas abandonaron el razonamiento de Mariátegui (el carácter socialista de la revolución) y asumieron como tesis central la lucha por una revolución democrática burguesa, a la par que se lanzaron a la imposible búsqueda de una burguesía nacional y antiimperialista, fueron incapaces de enar-

bolar una alternativa clara frente al aprismo. Tuvieron que limitarse a criticar la falta de consecuencia de Haya, aunque el apoyo al primer gobierno del banquero Manuel Prado de alguna manera descalificara al partido para emplear esta crítica.

## Nuestro propio lenguaje

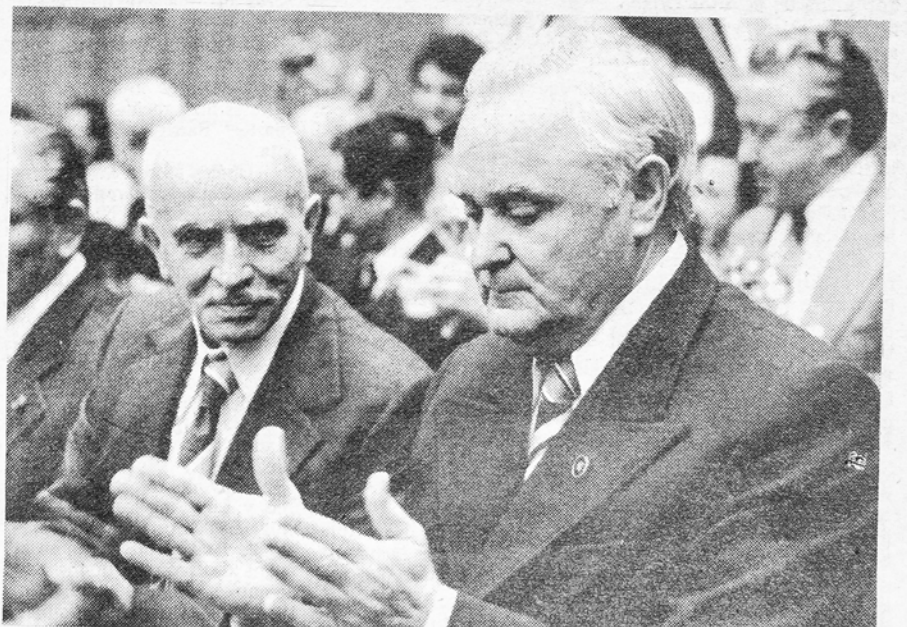
Volvimos a Mariátegui, en un país atrasado y campesino como era el Perú de ese entonces, era original y heterodoxo afirmar el carácter socialista

de la revolución. La condición minoritaria del proletariado debía compensarse con la masiva presencia de los campesinos, quienes además aportarían con sus tradiciones colectivistas, heredadas de los tiempos prehispánicos y superstitios en las comunidades. De esta manera el socialismo se identificaba con la verdadera tradición nacional.

Por lo anterior, afirmar el socialismo suponía la peculiaridad latinoamericana de la revolución: internacionalismo y nacionalismo confluían porque el marxismo no era "un cuerpo de principios de consecuencias rígidas", sino un método que "en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades". Desde las páginas de Amauta, en setiembre de 1928, Mariátegui sostuvo: "Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, a

nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva".

Es así que el verdadero "europeísta" terminaba siendo Haya de la Torre. Pero esa tarea de dar vida en "nuestro propio lenguaje" al socialismo fue, como lo hemos venido reiterando en artículos anteriores, abandonada posteriormente por la Internacional y el Partido Comunista. Todavía hoy, Gustavo Espinoza o Manuel del Priego, la consideran como una tarea exótica e incompatible con el marxismo; ellos también hubieran atacado asperamente a ese "intelectual pequeño burgués" que tenía la osadía de pensar libremente en un "socialismo indoamericano". Es así como en en Unidad todavía persiste el espíritu de Ravines: el dogmatismo opuesto al mariateguismo.



En Unidad y el PC todavía persiste el espíritu de Ravines el dogmatismo opuesto al mariateguismo. En la foto, Jorge del Prado con "soviético amigo" en la inauguración del último congreso del PC.

Por: Alberto Flores Galindo